

pareciera. Era un alma venal, que de todo sacaba dinero, llamábase á sí mismo «divino» y se arrastraba como un reptil delante de los poderosos para sacar algún beneficio, que si correspondía á su deseo aumentaba sus alabanzas, pero si le parecía escaso, trocaba con el mayor descaro sus elogios en las imprecaciones más soeces. Muchas de sus víctimas se acobardaban y se rebajaban hasta someterse á las exigencias insolentes del Aretino, dueño infame de la honra de los demás; otros, indignados y valientes, ó faltos de recursos para pagarle, arrostraban sus iras y le pagaban de otra manera, unos con sátiras mordaces, como las suyas, y otros con tre-



PETRVS ARRETINVS ACERRIMVS VIRTIVVM AC VITIORVM DEMONSTRATOR  
NON MANVS ARTIFICIS MAQE DIGNVM OS PINGERE NON OS  
HOC PINCI POTERAT NOBILIORE MANV  
PELLVS IUVENIS SI VIVERET HAC VOLO DESTRA  
PINGER HOC TANTVM DICERET ORE CANI

Pedro Aretino. Copia de un grabado en cobre hecho por Marco Antonio Raimondi, que vivió desde 1475 hasta 1527 aproximadamente

mendas palizas y aun puñaladas, tanto que en Venecia, donde pasó los últimos treinta años de su vida, solo podía salir de su casa de noche y bien armado.

Una prueba curiosísima de esta posición dominadora é inconcebible, son las cartas dirigidas á este distribuidor y destructor de honras por personas interesadas en asegurarse sus alabanzas. Estas cartas existen todavía, y además las publicó Aretino en su mayor parte en vida de los autores para labrarse con ellas un pedestal, porque las lisonjas que contienen exceden de toda medida, según puede inferirse de los siguientes párrafos sacados al acaso. «Yo digo,—le escribe uno,—que sois el hijo de Dios, con la limitación, á fin de no verme en un conflicto con los frailes mendicantes salmodiadores, de que Dios es la suprema verdad en el cielo, y vos lo sois en la tierra. Ninguna ciudad reúne las condiciones que Venecia para albergaros, porque vos sois el adorno de la tierra, el tesoro del mar y la gloria del cielo; sois el vaso de oro, lleno de piedras preciosas, que debería colocarse el día de la Ascension en el altar mayor de la iglesia de San Marcos.» Un fraile le escribió: «Sois una columna, una luz, una

antorcha brillante de la Santa Iglesia, que si pudiese hablar os daría grandes rentas diciendo: Dadlas á Pedro, que me ilumina, ensalza y honra; que tiene la sagacidad de San Agustín, la moral de San Gregorio, los pensamientos profundos de San Jerónimo y el estilo pulido de San Ambrosio. Esto no lo digo yo solo, antes bien todo el mundo confiesa que sois un nuevo San Pablo, que proclamó el nombre de Dios ante los reyes, y un nuevo San Juan Bautista, que atrevido y sin temor reveló y trató de corregir la perversidad, la maldad y la hipocresía del mundo; sois, en fin, un nuevo San Juan Evangelista, que honró, elevó y purificó, como vos, á los buenos.»

Entre los talentos jóvenes que hacían la corte al papa Clemente VII, figuró también el tan renombrado Benvenuto Cellini, que había nacido en 1500 y murió en el año 1571, hombre material si los hubo, pero activo de ideas y accesible á sentimientos elevados á pesar de su sensualidad y materialismo robusto, y no pocas veces brutal y repugnante. Acerca de su vanidad y petulancia extremadas y de su tendencia á exagerar las cosas, que le conducía á menudo á faltar directamente á la verdad, Goethe, que tradujo al alemán la biografía de Cellini escrita por él mismo, se expresa en los siguientes términos: «Nuestro héroe ve siempre delante de su imaginación la perfección divina, como meta fuera de todo alcance; exigiendo el respeto de los demás, quiere también respetarse á sí mismo con tanto más empeño cuanto que por la confesión de sus propias faltas y defectos, sabe hasta dónde pueden tolerarse. Es curioso verle empeñarse en justificar casi siempre sus actos con las costumbres dominantes, con la voz de la conciencia, con las leyes civiles y las de la religión, siempre con la calma y reflexión que le son propias. Las tradiciones religiosas, su situación angustiosa y el espíritu místico de su época le impulsan también á lo maravilloso. Preso, tranquilizase porque se cree ligado por su palabra de honor; después se evade de la manera más complicada y atrevida; y finalmente viéndose irremisiblemente aprisionado reconcentra todas sus fuerzas en sí mismo. Sensaciones varias, pasiones, recuerdos, imaginaciones, el arte, pensamientos morales y religiosos trabajan noche y día su imaginación impaciente y oscilante, entre la esperanza y la desesperación, y auxiliados por los sufrimientos del cuerpo, producen las alucinaciones más singulares en el preso, que ve visiones que habrían hecho honor al santo de más devoción en aquel tiempo.»

La diferencia no podía ser más grande entre Cellini y el Aretino; aquel religioso, devoto y sumiso á la voluntad de Dios, con la dosis de superstición natural en su tiempo; y este, hombre frívolo, que nada respetaba, y que se hizo, según cuentan, un epitafio en el cual decía que había hablado mal de todo el mundo menos de Dios, y eso porque no le conocía. Trabajaba á embestidas, sin esfuerzos y para el momento, cuando Cellini era trabajador firme, concienzudo en los ramos más diferentes, desplegando en algunos grandísimo talento, cultivado con una asiduidad admirable y constante, con la cual vencía todas las dificultades y ejecutaba con maestría los detalles más pequeños é insignificantes. Aretino era descarado pero no valiente, atacaba desde lugar seguro, y bien podía decir, como Rabelais pone en boca de un héroe: «Excepto los peligros, nada temo en todo el mundo.» En esto también era muy diferente Cellini, que justamente en los peligros se encontraba en su elemento, los buscaba y los arrostró varonilmente, aunque quizás no tan heroicamente como quiere hacer creer en su biografía. Innegable es que mostró gran energía y valor en el sitio de Roma por el ejército del emperador Carlos V, si bien exagera cuando dice que él mató de un tiro de mosquete al

duque de Borbon y de un tiro de cañón al príncipe de Orange.

La toma de Roma por las tropas imperiales, el saqueo con sus horrores y la destrucción bárbara de la ciudad, fueron causa de la dispersión de toda aquella alegre corte de artistas y literatos que Leon X había atraído á su capital, y que había resistido al fugaz pontificado de Adriano para volver á cobrar nuevo entusiasmo bajo el del papa Clemente VII.

El alemán Schertlin, que capitaneó una banda de la soldadesca vencedora, escribió en sus notas: «El 6 de mayo hemos tomado á Roma por asalto, hemos degollado á unas seis mil personas, hemos entrado la ciudad á saco y tomado todo cuanto nos ha venido á mano en todas las iglesias y demás sitios, y hemos reducido á cenizas una gran parte de la ciudad.» Los horrores cometidos por la soldadesca desenfrenada excedieron á toda ponderación; no respetaron ni edad, ni clase, ni sexo. El populacho tomó parte y sació sus brutales instintos asociándose á los vencedores, tomando por blanco de sus actos salvajes, entre otros, á los eclesiásticos, entre los cuales brillaban cabalmente gran número de literatos eminentes, orgullo y gloria de la ciudad eterna, y que si escaparon con vida perdieron cuanto poseían después de haber sido el ludibrio de los soldados y sufrido toda clase de ultrajes y malos tratamientos.

Con el tiempo borróse el recuerdo de estas escenas de sangre, de fuego y desolación, pero no volvió á recobrar el movimiento intelectual, en la capital del mundo, su esplendorosa vida; nuevas y graves complicaciones, y el dominio extranjero no dejaron desarrollarse la civilización con la lozanía necesaria; y á esto se agregó luego la reacción de la Iglesia, que ahogó el naciente soplo de libertad, sin la cual la literatura no llega á echar flores robustas, ni menos á fructificar. Los enemigos extranjeros habían destruido los monumentos soberbios de Roma, y los interiores, menos visibles pero mucho más fatales, aniquilaron el espíritu moderno, hijo de la Roma antigua.

Mayor y más general fué el dolor por el aniquilamiento del nuevo movimiento intelectual, tan pujante ya, que por la destrucción material de Roma. Esta era llorada principalmente por los habitantes, pero aquel era doloroso para los amantes de la vida intelectual en el mundo entero. Entre las voces que se oyeron en el extranjero lamentando tan gran pérdida, copiaremos aquí la del célebre Erasmo, que escribió: «Esta catástrofe espantosa se ha hecho sentir en todas las naciones, porque Roma no era solamente el baluarte de la religión cristiana, la nodriza de los genios escogidos y el asilo más tranquilo de las musas, sino también la madre de los pueblos todos. ¿A quién no ha tenido esta ciudad en su blando regazo, cubierto de caricias y educado, cualquiera que fuese el país donde viera por primera vez la luz? ¿Quién, aunque viniera del extremo confin de la tierra, se vió jamás extranjero en la capital del

mundo? ¿A cuántos no era Roma más cara, más dulce y más provechosa que su propia patria? Y, ¿dónde está el genio rudo que habiendo vivido en Roma no haya regresado entre nosotros más culto y más humano? ¿Y quién estuvo jamás en Roma sin que después de solo una cortísima permanencia no se haya partido de ella con dolor, y no haya aprovechado la primera coyuntura para volver? Esta ruina ha sido no solamente la de una ciudad, sino la del mundo entero.»

Lo más triste para los romanos, después de la ruina material, fué la convicción opresora de que, en realidad, aun sin aquella catástrofe, se habría escapado de sus manos la supremacía intelectual del mundo. Roma estaba en el caso de aquel que habiendo visto desaparecer uno tras otro á todos sus herederos legítimos, vé, sano y robusto todavía, apoderarse de su patrimonio á un extraño. Este sentimiento resalta en el final de los *Elogios* de Pablo Jovio, que viene á ser una especie de resumen de la flor de la literatura de su tiempo. Véase lo que dice: «Parece ser efecto de una mudanza en los astros que aquel helado cielo septentrional de Alemania haya suavizado y electrizado los ánimos, antes tan rudos y pasivos. Ya no se contentan los alemanes con su antigua fama guerrera, con su disciplina férrea y su vigor indómito, que les han hecho arrebatar á los romanos los honores de Marte, sino que ahora ambicionan también las galas de la paz y han arrebatado á la Grecia, talada, y á la Italia, dormida, la flor del arte, pues ya en tiempo de nuestros padres se hicieron venir de Alemania primeramente arquitectos, después pintores, escultores, matemáticos, artesanos diestros, fontaneros y agrimensores; cosa nada extraña, pues que nos han traído también el maravilloso invento del arte de imprimir y los terribles cañones de bronce. Pero este siglo adverso no ha sido para ellos tan buena madre ni para nosotros tan madrastra que no nos haya dejado algo de nuestra antigua herencia; y si nos fuese permitido alabarnos de algo, después de haber perdido nuestra libertad casi por completo, nos quedaria todavía el Capitolio de la imperecedera elocuencia, desde el cual podemos defender con el auxilio de las musas la noble inteligencia romana contra los extranjeros. Este es el punto que todos los ciudadanos hemos de vigilar solícitamente á fin de sostener incólume, como héroes, á la sombra de las banderas de Bembo y Sadoletto, el resto que nos ha quedado de la gran herencia que nuestros padres nos dejaron. Pero, ¡ay! este consuelo en medio de nuestra miseria es poco menos que ilusorio, porque si desapareció de entre nosotros la libertad, fué en parte por nuestra culpa, y eso que la libertad es el único manantial de prosperidad, la única fomentadora de los estudios, capaz de engendrar y propagar todo lo noble y bello.

Efectivamente, resultó aquella esperanza falsa, tanto más cuanto que se basaba en premisas falsas como la elocuencia romana, que desapareció; y así ha llegado á ser la bárbara Alemania, casi en todos los conceptos, la heredera de Italia.